

MONICACOS COMERCIALES

DE LA HABANA

ANDANDO POR LA URBE



"Vendedora de Frutas de la Casa de las Figuras"

por tartarín de tarascón

SALVO la cruz que aparece entre las fotografías que ilustran esta crónica, y que es la famosa "Cruz Verde" de Lamparilla y Mercaderes, las demás extrañas figuras que salpican estas páginas pueden catalogarse bajo el rubro "Monicacos comerciales de la Habana".

La "Cruz Verde" llegó a ser, con el transcurso de las centurias, el distintivo de las casas comerciales que ocuparon el edificio. En la actualidad, por cierto, es una pecaminosa cantina la que se aprovecha de la fama del lugar, debida, incuestionablemente, a esa doble cruz en alto relieve, siempre pintada de verde, cual si se tratara de cumplir el mandato póstumo de algún irlandés.

Debe tener alguna bella historia, esa cruz de dos aspas que casi todos los habaneros (gentes despegadas de las tradiciones) conocen de referencias, pues aun muchos de aquellos que pasan junto a ella dos o tres veces al día, la conocen más bien de refe-

rencia que de vista.

Preguntad, sino, por curiosidad a cualquier vecino y veredes que cuda al contestar cuando se le pregunté si tiene una o dos aspas.

Un compañero de redacción—nacido en Cruces y que debe, por tanto, estar documentado—me asegura que se trata de una cruz bizantina.

Si lo es, ciertamente, aumenta mi curiosidad por su historia auténtica, aunque yo, dentro de mi género, puedo salir del paso asegurando que es bizantina, porque conmemora el lugar donde se iniciaron nuestras luchas políticas.

Los otros grabados se refieren a lo que ya se puede llamar los "monicacos comerciales" que conserva la Habana, y que son el resto de una abundante colección que tuvo en otro tiempo, en que los analfabetos abundaban tanto como en Egipto los dioses.

Gracias a esos monicacos, los mandaderos, muchos de ellos todavía desconcertados ante la presencia de un mundo nuevo sin gorilas, ni antílopes, ni leones, pero con fieras aun más terribles por lo disimuladas, no llevaban muchas veces un par de zapatos a que se los remendara el boticario o no le llevaban al relojero la nota de las velas de cera que necesitaba el amo.

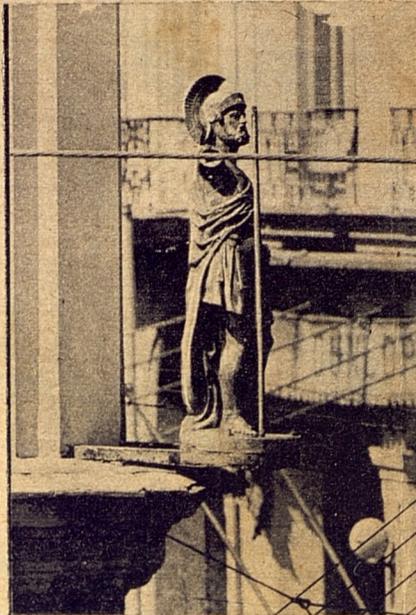
Uno de los que más popularidad han sabido conservar hasta nuestros días, es ese marino español, hecho de latón barnizado que hace lo menos ochenta años está tomando la altura con un sextante. Por las noches de todos esos ochenta años, no cesó en su operación, como si esto fuera Noruega y pudiera salir en cualquier momento el sol de media noche. Digo mal, una noche, a prima, se oyó una explosión espantosa, del lado de la bahía y un segundo después, un lingote de hierro candente, le arrancaba de cuajo el brazo con que sostenía el sextante. Era la noche del 15 de febrero de 1898. La historia, por cierto, no anota esta

baja ocurrida en las filas de la marina española por virtud de la explosión del "Maine". El buen marino tardó lo menos tres semanas en reponerse de su gravísima lesión. Se ganaba entonces la vida, en Mercaderes entre Obispo y Obrapia. Actualmente reside en O'Reilly, al servicio de la misma vieja casa de óptica que lo creó.

También tiene su historietita el monicaco de Teniente Rey, que está siempre a la puerta de la antigua talabartería "El Potro Andaluz". Es verdad que no está en su elemento, en una talabartería, un mono vestido de currutaco, que mira a través de un catalejo. Pero la culpa la tuvo, por tramposo o malaventurado, el dueño de otra casa de óptica a quien tuvo que embargarle por deudas, el propietario de "El Potro".

La gente, sin embargo, se ha hecho vieja viendo al mono entre arreos y correajes y ya no le choca.

Tuvo este monicaco una curiosa aplicación. Al poco tiempo de instalarse en la famosa talabartería de Teniente Rey, situada en lo que pudiera llamar-



El centurión de la esquina de Monte y Zulueta

(Fotos Bravo)

Un marino que resultó herido en la explosión del "Maine"



Este es el portero del Potro Andaluz. Lleva sesenta años desempeñando el oficio en esta casa de la calle Teniente Rey y le quedan fuerzas para seguir desempeñándolo otros 60 años más

Una cierva de la Casa de las Figuras



se el "vórtice" de las actividades comerciales de la Habana de hace tres cuartos de siglo, el monicaco, que es de bronce macizo y pesa como un condenado, se convirtió en unidad de medida de fuerza para aquellos fornidos mozos de almacén, a quienes no se les daba toda su importancia porque entonces apenas se cotizaban los Uzcuduns.

Había el grupo selecto (los "pesos completos") que eran capaces de levantar a fuerza de puños desde el suelo a la tabla del mostrador el mono de Don Pachín Palacios.

La Habana conoció también "La Boria" de la calle de la Muralla, que al trasladarse a Neptuno, omitió, no sé por qué, llevarse esa interesante reliquia; el Bombero, con su camiseta roja, que acaso haya sido devorado por un incendio; el águila dorada de la veterana farmacia de Angeles y Monte, víctima del Plan de Obras Públicas; la gigantesca horma que distinguía a la peletería "La Horma Grande" y otros monicacos.

En Monte y Zulueta, no lejos de ORBE, existe una casa, con numerosas esculturas, no carentes de gracia algunas de ellas, que están colocadas entre los balcones de los altos

Se le llama "La casa de las figuras" y me aseguran que existe en ese piso un hospedaje, desde hace luengos años llamado "Las Flores de Mayo", nombre que respira poesía. Pero no respondiendo, en cambio, del ambiente que dentro se respire, pues las puertas de los balcones permanecen día y noche cerradas a cal y canto. Y no puedo dar más detalles, pues les juro que no sé por donde se entra ni por donde se sale, en ese misterioso recinto.

